

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8418

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7-50 id.—Extranjero, tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 centimos

El pago será siempre adelantado y en metálico o letra de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 26 de Noviembre 1888

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los físicos, de los viejos, de los niños, de la Colera, Tifus, etc.)
BISMUTO de **VIVAS PÉREZ**
Disenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas), Catarrros y úlceras del estómago.
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

La China
SEDERIAS Lanitas fantasía
CENTRO DE NOVEDADES
Viñas y Sánchez
Marina Española, 49, Cartagena
Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas
Lanas inglesas para caballero
CONFECCIONES
MERINOS Terciopelos ENCAJES

LA SEMANA ANTERIOR

Pues señor, no cabe duda; algunas semanas dan poco material para hacer reseñas.

Y si ustedes supieran cuánto agrada esta carencia de asuntos al que tiene el compromiso de llevar cuartitas, comentándolos, estoy seguro que le tendrían ustedes compasión.

Hoy, por ejemplo, hállome con aquellas preparadas, mojada en tinta la pluma, encendido el cigarro, y dispuesto, en una palabra, á trasladar al papel los acontecimientos más salientes de la semana última; pero transcurre media hora, y luego otra media, y en efecto, no se me ocurre nada que decir á ustedes.

¡Y cómo ha de ocurrírseme cuando durante los ocho últimos días hemos vivido como el pez en el agua!

Aparte de unos ladrones que alborotaron el cotarro la noche del viernes en la plaza de los Caballos, la semana ha sido una balsa de aceite.

• Más tranquilidad, imposible.

De paseos no puedo hablar, porque aquí no hay paseos, y en esta época, los sitios que se destinan para tal fin, no logran nunca verse concurridos.

De bailes tampoco puedo decir nada; digo, no: puedo dar á ustedes la noticia de que para el 8 de Diciembre se dispone uno en el Casino.

¿Con qué objeto? Con el de dar á conocer á señoras y señoritas el magnífico salón de billar que se ha reconstruido en esta sociedad de recreo. De modo, que con excusa de ver un salón, se bailará en otro y se pasará el rato agradablemente.

Del tiempo.... hombre, sí; hablemos del tiempo. Ésta es siempre la materia de que hacemos uso para conversar cuando nada tenemos que decir.

El tiempo no puede estar mejor.

Si continúa de esta manera, vamos á tener un invierno templadísimo, que es la

delicia de los que, por edad ó porque sí, padecen reumas y catarros y bronquitis.

Esta es la época de las contradicciones en el vestir.

Mientras vemos liado en una buena ó mala capa á un enamorado galán que se dirige á pelar la pava, tropezamos con otro que ya la ha pelado y que viste el mismo terno con que asistió á las corridas de toros este verano.

Aún existe algún sombrero de paja por esas calles.

Y no piensen ustedes que el traje de algodón ó lino sigue usándose por falta de otro de abrigo, no: se usa porque aquel que lo viste no ha experimentado aún el menor síntoma de fresco.

En cambio, el que saca capa es porque le ocurre lo contrario.

Hé aquí las contradicciones.

Apuesto, lo que ustedes quieran, á que han recibido ustedes una visita la semana pasada.

Habrá quien diga: «valiente noticia, gran adivinación, ¿quién no recibe una visita durante ocho días?»

Quien diga todo ésto, está en lo firme.

Pero yo no me he querido referir á una de esas amistosas visitas, que efectivamente, se suceden con frecuencia. He querido hacer saber á ustedes que esos caballeros que de aquí al día de Reyes tenemos entre nosotros, que repican nuestras puertas un par de veces cada día y que... venden turrón de Gijona, habrán tenido ya una entrevista con ustedes.

¿Verdad que sí?

Conozco á una familia á quien el dichoso turrón se le ha indigestado sin haberlo probado todavía.

A las siete de la mañana.

Tilín, tilín (á la puerta.) ¿Quién es, dice la doméstica?

Abra V., contesta una voz con acento alicantino.

—¿Qué se le ofrece á V?

—Yo venía á.... ¿no está la señora?

—Sí, durmiendo á pierna suelta.

—Ya me figuro que no habría de tenerla atada. Bueno, luego volveré; dígame V. que he venido á verla.

—¿Y quién es V?

—El turrónero. Adíós.

—Abur.

A eso de las nueve y media vuelve á sonar la campanilla, sale la criada y entra el turrónero porque la señorita está ya levantada.

Se ven, se saludan; la señora manifiesta al hombre de las piernas al aire que el turrón del año anterior no salió bueno; él se extraña y ella le convence diciendo:

—Mire V, lo tengo muy presente. Este verano fuimos á la feria de Murcia y para el camino hice provisiones; como poste llevé turrón del que V. me vendió en Noviembre pasado, y apenas lo pudimos comer.

—¿Pues qué tenía?

—Un sabor á bacalao, horrible. Le tuve en la despensa desde que lo compré, al lado de uno de Escocia, que aún existe, y vamos que nos lo comimos haciendo ascos.

El turrónero se da por convencido y prosigue diciendo:

—¿Esto no cuánto quiere V?

—Como el ante íor. Un par... de libras.

Pero como Modesto (el marido) no está en casa, hasta que le consulte.

—Bien, bien, volveré

Y vuelve á la una, y luego á las tres, y luego entre dos fuegos, y es claro, aquella familia tiene en sueños un cólico de turrón de Gijona, horroroso.

La señora lo achaca al que comieron cuando el viaje á Murcia, pues según afirma, estaba asqueroso.

El Teatro Principal continúa en la plaza del Rey para lo que ustedes manden.

El de Mañquez sigue abierto para que paguen ustedes y su empresa obtengan pingües ganancias.

Falta averiguar si todos ustedes quieren pagar y si á la empresa se le logra ese gusto.

Los artistas trabajan con fe. Eso no puede dudarse y merecen—en general—las simpatías del público. Para hacer ídem esto, ahí van, como fin de reseña unas semblanzas dedicadas á cuatro damas de la compañía, y que han sido colocadas en mi mano derecha por la izquierda de su autor.

I

Canta y dice con primor
y así su nombre sostiene...
pero las formas que tiene,
sin disputa, es lo mejor

II

Tiple notable elegante,
pisa de Mañquez la escena,
y por su cara tunante,
ha vuelto loco á un amante
de gran peso, en Cartagena.

III

Es actriz donde las haya —
y pisa bien el terreno.
¿Qué si es guapa? ¡Vaya, vaya!
¿Y su color? ¡Bueno, bueno!

IV

Es pizpireta esta chica
á quien su mérito abona;
por eso la llaman mona
después de llamarla rica.

J.

Variedades.

LAS ARRUGAS.

Séanos permitido decir que los médicos se desdennan en curar ciertas pequeñas enfermedades. Convendremos en que son benignas; estaremos conformes en que no figuran en el cuadro de las enfermedades clásicas; pero no es menos cierto que un cliente aprecia más que se le desembarace de una *papa* que le estorba, que curarle una enfermedad cuya gravedad ignora.

¿No es cierto que si el médico puede hacer desaparecer á una señora un surco feo que oscurece la blancura de su frente ó prolonga demasiado el ángulo de sus párpados, lo considerará como un hábil médico?

¡Las arrugas! ¡Cuántas tristezas nos causa la primera, y qué amargos recuerdos de un pasado que se aleja, ocasiona su descubrimiento! Se le ve impresa para siempre.

Antes de indicar el remedio que puede cu-

brir ó curar algunas arrugas, no todas desgraciadamente, vamos á indicar de donde provienen estas desagradables etiquetas y por qué misterioso mecanismo imprimen su surco en el rostro humano.

Todos saben ó pueden cerciorarse de que la piel de la cara es de una extremada movilidad. Extendida como un velo vivo y protector en una superficie de músculos pequeños que á ella se adhieren, y primorosamente bañada con una capa de grasa, este tegumento es intérprete de nuestros sentimientos y pasiones. El dolor y la alegría, la simpatía y el odio, el amor con todas sus gradaciones, el terror, así como el éxtasis, cada uno de estos diversos estados de nuestra alma tienen en el rostro un órgano especial cuyo fuego modifica la expresión de nuestras facciones. Y esta expresión se traduce precisamente por pliegues particulares, siempre los mismos, que cambian momentáneamente las relaciones de estas partes entre sí. Se nos acerca un amigo, y acto seguido, nuestros labios se entrecierran, sus ángulos se separan y se levantan ligeramente, nuestros ojos se abren más, y así se dibuja la sonrisa de bienvenida. Si este amigo nos cuenta alguna historia cómica, todos esos movimientos se exageran: los labios levantados por completo, la boca abierta de par en par, los ojos hasta las sienes y la frente hacia los pelos, hacen estallar la risa jovial.

¡Ved ahora ese matemático, ese pensador ó ese poeta, buscando un problema ó una rítmica. La parte inferior del rostro se halla inmovilizada por una especie de contracción; los ojos están fijos y sin mirada, mientras que las cejas, activamente atraídas hacia la raíz de la nariz, marcan una arruga profunda.

Un movimiento casi semejante, pero cuya expresión modifican unos ojos móviles é iluminados, traduce la cólera ó el odio. Si los ojos giran á un lado, en parte cubiertos por los párpados, al mismo tiempo que se baje el labio inferior, indicará desdén ó sarcasmo. La averiguación de un recuerdo que se nos olvida, nos hace levantar instintivamente las cejas á la altura de la cabeza, recogiendo la piel de la frente que se alucea en pliegues horizontales; si este pensamiento nos produce el desaliento que nace de lo irreparable, de la fatalidad, las mejillas, así como el labio inferior, caen, y en el espacio que separa la nariz de esta parte de las facciones, se formará un largo surco, que el uso convertirá en una arruga imborrable. Superficiales y pasajeras durante la infancia y la juventud, tanto por la movilidad de las impresiones, cuanto por la elasticidad de nuestros órganos en nuestra feliz edad, esos pliegues de la piel del rostro acaban, á la larga y á fuerza de repetirse siempre en un mismo sentido, por no desaparecer. Quedan, pues, formadas las arrugas.

Pero no es esta la única causa que las fija en nuestras facciones: ¿No habeis observado con frecuencia el fenómeno siguiente? Una persona, en el pleno goce de la edad, fresca y robusta, con el rostro coloreado de manchas imperceptibles, y cuya piel armoniosamente extendida no tiene la más leve arruga, se mete en cama víctima de una grave enfermedad.

Trascurren días y meses; el dolor, la fiebre, la dieta y el insomnio empiezan su obra, y cuando el paciente entra en convalecencia, numerosas arrugas en la frente y en las mejillas, al rededor de los ojos y cerca de los labios, revelan claramente los sufrimientos que ha experimentado.

Los pesares profundos y prolongados dejan señales parecidas; lo mismo sucede con la inanición, el cansancio y la privación de sueño.

Finalmente, todos sabemos que la vejez se halla caracterizada por arrugas indelebiles.